

PASCUAL ENRILE, JEFE DE LA ESCUADRA DE LA EXPEDICIÓN DE PACIFICACIÓN A COSTA FIRME (1815-1817)

Gonzalo M. QUINTERO SARAVIA
Embajador de España

La figura de Pascual Enrile y Alcedo es recordada de manera muy distinta según el continente desde donde se la evoque (1). En Europa, se suele insistir en su papel como ilustrado, científico y marino de guerra (2); en Asia se sigue ensalzando su labor como capitán general de Filipinas (3); mientras que en América personifica, junto al general Pablo Morillo, la parte más oscura de la represión realista durante la guerra de independencia (4). Lo cierto es que

(1) Para un trabajo de conjunto sobre la biografía de Pascual Enrile y Alcedo es obligatorio remitirse a la tesis doctoral, próxima a ser presentada, de Miguel Martín que brillantemente analiza su vida y su carrera.

(2) CARRASCO Y SAYZ, Adolfo: *Icono-Biografía del generalato español*. Imprenta del Cuerpo de Artillería, Madrid, 1901, pp. 294-295; ESCOSURA, Jerónimo: *Señor Don Pascual Enrile, Teniente General de los Ejércitos Nacionales*, Imprenta de José Martínez Montero, Úbeda, 1887; FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española: desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, t. VIII. Madrid, Museo Naval, 1973-1973 (ed., otrig.Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1895-1903), p. 438; MARTÍNEZ VALVERDE, Carlos: «Figuras que unen: El Teniente General del Ejército don Pascual Enrile y Alcedo, Brigadier de la Armada, prócer del Reino y benemérito de la Patria», en *Ejército Revista de las Armas y Servicios*, año XXXVIII, núm. 448 (mayo 1977), pp. 9-15.

(3) A título de ejemplo baste mencionar en orden cronológico: MAC MICKING, Robert: *Recollections of Manila and the Philippines During 1848, 1849 and 1850*, Richard Bentley, London, 1851, pp. 13, 14 y 216; MARSHALL, Thomas William M.: *Christian Missions: Their Agents and Their Results*, vol. I D. & J. Sadlier & Co., New York, 1865, p. 481; JERNEGAN, Prescott Ford: *A Short History of the Philippines, for use in Philippine Schools*, D. Appleton & Co., New York, 1905, p. 164; DUKA, Cecilio D.: *Struggle for Freedom: A Textbook in Philippine History*, Rex, Manila, 2008, p. 389.

(4) BASTIDAS URRESTY, Édgar: *Las Guerras de Pasto*, FICA, Bogotá, 2010, p. 85; CABALLERO, José María: *Diario de la Independencia*, RESTREPO, Gabriel (prol.), FICA, Bogotá, 2010, p. 271; IBÁÑEZ, Pedro María: *Crónicas de Bogotá*, (2ª ed.), t. III, cap. XLIV, <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual>; FRASQUET, Ivana: «Cuño Bonito, Justo. El retorno del Rey: el restablecimiento del régimen colonial en Cartagena de Indias (1815-1821)», *Universitat Jaume I, Castellón*, 2008, (Reseña), en *Memorias, Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe*, año 5, núm. 9, (julio, 2008); IBÁÑEZ, Pedro María: *Memorias para la historia de la medicina en Santafé de Bogotá*, Epígrafe, Bogotá, 2006, p. 55; LARRAZÁBAL,

desde tierras americanas a Pascual Enrile le han llovido las críticas y descalificaciones. Entre otras cosas, se ha dicho de él que fue: absolutista rancio (5), hombre de mal corazón (6), de torpes inclinaciones (7), duro por carácter, vengativo y de ánimo perverso (8), cruel (9), rapaz (10) y hasta asesino (11) sanguinario (12).

Pascual Enrile (13) nació en 1772 en Cádiz (14). Aunque suele recogerse que era de familia noble, la realidad es que su padre era un armador de origen genovés que había hecho fortuna en el comercio transatlántico al que Carlos III, en el marco de su política de dignificación del trabajo, ennoblecería en 1778 al concederle el marquesado de Casa-Enrile (15). Ingresó como caballero guardia marina en el departamento de El Ferrol. En 1797, a bordo del navío Conquistador, participó en la defensa

Felipe: *Correspondencia general del libertador Simón Bolívar: enriquecida con la inserción de los manifiestos, mensajes (sic), exposiciones, proclamas, &&& publicados por el héroe colombiano desde 1810 hasta 1830 (precede a esta colección interesante la vida de Bolívar)*, t. I, Eduardo O. Jenkins, New York, 1866, p. 374; MADIEDO, Manuel María: *Nuestro siglo XIX: cuadros nacionales*, Nicolás Ponton, Bogotá, 1868, p. 322; RESTREPO, José Manuel: «Historia de la revolución de Colombia», en *Repertorio Americano*, Octubre de 1826, Bossange, Barthés y Lowell, Londres, 1826, pp. 271-272; RESTREPO, José Manuel: *Compendio de la historia de Colombia*, Librería Americana, París, 1833, p. 179; ROMERO, Flor: *Yo, Policarpa*, Edicundi, Bogotá, 2003, p. 128.

(5) FRASQUET, Ivana: *op. cit.*

(6) IBÁÑEZ, Pedro María: *Memorias para la historia de la medicina en Santafé de Bogotá*, epígrafe, Bogotá, 2006, p. 55.

(7) BARALT, R. M.: *Resumen de la Historia de Venezuela*, A. Bethencourt e Hijos, Curazao (sic), 1887, p. 292; LARRAZÁBAL, Felipe: *op. cit.*, t. I, p. 451.

(8) *Ibidem*, t. I, p. 374.

(9) BARALT, R. M.: *op. cit.*, t. II, p. 292; FRASQUET, Ivana: *op. cit.*, RESTREPO, José Manuel: «Historia de la revolución de Colombia», *op. cit.*, pp. 253-273; ROMERO, Flor: *op. cit.*, p. 128.

(10) BARALT, R. M.: *Resumen de la Historia de Venezuela*, A. Bethencourt e Hijos, Curazao, 1887 t. II, p. 292; CABALLERO, José María: *Diario de la Independencia*, RESTREPO, Gabriel (prol.), FICA, Bogotá, 2010, p. 271; IBÁÑEZ, Pedro María: *Memorias para la historia de la medicina en Santafé de Bogotá, Epígrafe, Bogotá*, 2006; LARRAZÁBAL, Felipe: *op. cit.*, t. I, p. 451; RESTREPO, José Manuel: «Historia de la revolución de Colombia», en *Repertorio Americano*, octubre de 1826, Bossange, Barthés y Lowell, Londres, 1826, pp. 253- 273.

(11) IBÁÑEZ, Pedro María: *op. cit.*, MADIEDO, Manuel María: *Nuestro siglo XIX: cuadros nacionales*, Nicolás Ponton, Bogotá, 1868, p. 322; RESTREPO, José Manuel: *Compendio de la historia de Colombia*, p. 179; RESTREPO, José Manuel: «Historia de la revolución de Colombia», p. 261.

(12) BASTIDAS URRESTY, Édgar: *op. cit.*, p. 85.

(13) Para un bosquejo de su biografía, véase: ESCOSURA, Jerónimo: *op. cit.*, y MARTÍNEZ VALVERDE, Carlos: *op. cit.*, pp. 9, 15.

(14) Varios autores han señalado erróneamente la Habana como lugar de su nacimiento, probablemente porque su padre ostentó en esa ciudad el cargo de director del Asiento general de negros. LARRAZÁBAL, Felipe: *op. cit.*, t. I, p. 374; RAMOS PÉREZ, Demetrio (coord.): *Emancipación y nacionalidades americanas*, t. XIII, Rialp, Madrid, 1992, p. 272.

(15) ANES, Lidia: «Comercio con América y títulos de nobleza: Cádiz en el siglo XVIII», en *Cuadernos Dieciochistas*, núm. 2, 2001.

de Cádiz del ataque de Horatio Nelson. Tras realizar estudios en Francia fue puesto al mando del bergantín Prueba, que en 1803 fue puesto a disposición del astrónomo francés Pierre François André Méchain y del matemático español José Chaix Isniet para realizar mediciones del arco entre Barcelona y Baleares (16) tras el que redactó un informe que le valió cierta reputación de ilustrado (17). A principios de noviembre de 1805 fue ascendido a teniente de navío (18). La entrada en España de las tropas francesas le sorprendió estando destinado en Barcelona y cuando ésta se convirtió en invasión fue encarcelado por negarse, junto a muchos compañeros oficiales, a prestar juramento a José I. Se fugó de la cárcel y fue destinado a la denominada flotilla de los caños asignada a la defensa de Cádiz. Poco después, sin barco en el que embarcar, casi todos perdidos en Trafalgar unos años antes, Pascual Enrile pasó al ejército y, al estar ya propuesto para el ascenso a capitán de navío, lo hizo con el grado de coronel. Durante la guerra de Independencia combatió en la batalla de Albuera (16-V-1811), consiguió engañar a los franceses para que su guarnición capitulase en Astorga (19) (18-VII-1812) y, a las órdenes del general Pablo Morillo, estuvo al mando de una unidad de cazadores en la batalla de Vitoria (21-VI-1813). En Octubre de 1814, con el grado de brigadier, regresó a la Armada siendo asignado a la expedición de pacificación al mando del general Pablo Morillo como su segundo jefe y máximo responsable de la Marina. Tras su regreso de América, pasó varios años ocupado en puestos del estado mayor hasta que en 1830 fue nombrado capitán general de Filipinas. Tres años después regresó a la península Ibérica y fue designado prócer del reino. Falleció en Madrid el 6 de enero de 1836.

La expedición pacificadora a América

El regreso al trono de España de Fernando VII, El Deseado, y su obsesión por dar marcha atrás al reloj de la historia en lo que Miguel Artola califica de «volver el país a la que pudiéramos llamar legitimidad prerrevolucionaria»(20) planteó la urgencia de dar una respuesta a lo que había sucedido en la América española durante la invasión francesa de la península Ibérica. A la hora de analizar las posibles alternativas, como señala Michael P. Costeloe, «pocos españoles (de la época) tuvieron una firme y clara visión de lo que

(16) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española...* t. VIII, p. 438.

(17) ESPINOSA Y TELLO, José: *Memorias sobre las observaciones astronómicas, hechas por los navegantes españoles en distintos lugares del globo; las cuales han servido de fundamento para la formación de cartas de marear publicadas por la Dirección de Trabajos Hidrográficos de Madrid*, Imprenta Real, Madrid, 1809, t. I, p. 81.

(18) *Mercurio de España*, 30 de Noviembre de 1805, p. 306.

(19) TORENO, conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Tomás Jordán, Madrid, 1837, t. 5, p. 103.

(20) ARTOLA, Miguel: *La España de Fernando VII*, Espasa, Madrid, 1999, p. 421.

había sucedido en América durante los años de la guerra de la independencia española. Condicionados por sus adquiridos o heredados prejuicios sobre los pueblos americanos, mal informados, a veces a propósito, o mantenidos en la ignorancia sobre lo sucedido en aquellas tierras, fracasaron a la hora de evaluar las implicaciones de los movimientos de emancipación» (21).

Aunque, como destaca Juan Friede (22), «existía *la otra España* opuesta a esa política de sangre y fuego», con figuras como Manuel de la Bodega, quien proponía un acercamiento pacífico acompañado de importantes reformas en la industria, agricultura y comercio (23), lo cierto es que la mayoría estaba de acuerdo en que «el uso, o al menos la amenaza, de la fuerza era esencial» (24).

El primer punto a resolver era sobre si la estrategia principal debía ser terrestre o marítima. Aunque la Marina de Guerra había sido instrumento esencial con el que España había asegurado el control de sus posesiones americanas a lo largo de trescientos años, la evidente realidad es que, en 1814, «no estaba a la altura de las circunstancias» (25). La derrota de Trafalgar había supuesto un golpe mortal al poder naval español (26) y recuperarse exigía muchos recursos y tiempo, ninguno de los cuales había en demasía. También es necesario tener en cuenta que el sistema defensivo basado en la Armada estaba concebido para la defensa contra ataques de potencias extranjeras y no para el caso de insurgencia interna. Por todo ello, se concluyó que la acción militar debía basarse en la acción de tropas terrestres, relegando a la marina, ya desde el principio, a un papel auxiliar.

Otro importante aspecto por decidir era el destino final de la expedición. Dos opciones se presentaron al gobierno de Fernando VII. La más obvia era dirigirse a Montevideo. Esta ciudad se presentaba como una «base perfecta de operaciones contra Buenos Aires, donde estaba el mejor Ejército enemigo que, además, desplegaba una inquietante actividad contra el Perú» (27). La segunda alternativa era Venezuela, desde donde se dirigirían al virreinato del Perú para consolidarlo para la causa realista y, desde allí, lanzar una campaña que acabase con la revuelta en el Río de la Plata. Tras largos debates (28), terminaría por imponerse esta última, una «estrategia indirecta, seguramente

(21) COSTELOE, Michael P.: *Response to Revolution. Imperial Spain and the Spanish American revolutions, 1810-1840*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, p. 50.

(22) FRIEDE, Juan: *La otra verdad. La independencia americana vista por los españoles*, Carlos Valencia Ed., Bogotá, 1979, p. 24.

(23) COSTELOE, Michael P.: *op. cit.* p. 126.

(24) *Ibidem*, p. 51.

(25) PÉREZ TURRADO, Gaspar: *La Marina española en la independencia de Costa Firme*, Editorial Naval, Madrid, 1992, p. 37.

(26) MARTÍNEZ-VALVERDE, Carlos: *La Marina en la guerra de la Independencia*, Madrid, 1974, p. 30, citado por PÉREZ TURRADO, Gaspar: *op. cit.* p. 37.

(27) ALBI, Julio: *Banderas olvidadas. El ejército realista en América*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1990, p. 146.

(28) COSTELOE, Michael P.: *op. cit.*, p. 64.

demasiado lenta y complicada, tuvo, sin embargo, numerosos adeptos, que la preferían a un ataque frontal contra el Río de la Plata» (29).

Por último, los objetivos de la expedición quedaron fijados por medio de las muy reservadas instrucciones, fechadas el 18 de noviembre de 1814, donde se determinaba que su principal fin era:

«... restablecer el orden en la Costafirme hasta el Darién, y privadamente en la Capitanía General de Caracas. Los deseos de S. M. quedarán enteramente satisfechos si esto se consigue con el menor derramamiento de sangre de sus amados vasallos, sin excluir del número de vasallos a los extraviados de aquellas vastas regiones de América. La tranquilidad de Caracas, la ocupación de Cartagena de Indias y el auxiliar al Jefe que mande en el Nuevo Reyno de Granada, son las atenciones principales o las primeras de que se ocupará la expedición» (30).

Organización de la expedición

Al plantearse la importante cuestión de a quién debía ponerse al mando de esta expedición de pacificación, la Junta de Generales, formada en julio de 1814, propuso al rey el nombramiento del general Pablo Morillo. Para nadie fue una sorpresa la elección. Morillo tenía credenciales de ser uno de los mejores generales con los que contaba el ejército.

Pablo Morillo (31) ingresó en el Real Cuerpo de Infantería de Marina en 1791. En la batalla del cabo San Vicente (14-II-1797) cayó prisionero, siendo liberado poco tiempo después. Ascendido a sargento segundo, fue destinado a Cádiz donde participó en su defensa contra el ataque inglés de 1797. En la batalla de Trafalgar (21-X-1805) fue herido combatiendo a bordo del *San Ildefonso* que sería apresado por la flota de Nelson. Con la invasión de Napoleón, Pablo Morillo renunció a su mediocre carrera en la Marina y se alistó en el cuerpo de voluntarios de Llerena, con el que combatió en la batalla de Bailén (19-VII-808). A partir de entonces fue ascendiendo meteóricamente: en siete años pasaría de subteniente a teniente general. Obtuvo la rendición de Vigo; por su heroísmo en la batalla del Puente de Sampayo en Pontevedra (7 y 8-VI-1809), sus tropas le llamarían el León de Sampayo; participó en numerosas acciones de guerra al mando del regimiento de La Unión hasta que, en abril de 1812, fue nombrado jefe de división de infantería asignada al

(29) ALBI, Julio: *op. cit.*, p. 147.

(30) Instrucciones dadas al general Morillo para su expedición a Costafirme, por el ministro universal de Indias Lardizábal. Muy reservado. Madrid, 18 de noviembre de 1814. Real Academia de la Historia, Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, sig. 9/7651, b), ff. 39-46v.

(31) Para la biografía de Pablo Morillo, véanse: QUINTERO SARAVIA, Gonzalo M.: *Pablo Morillo: general de dos mundos*, Planeta, Bogotá, 2005 e ÍDEM: «Pablo Morillo», en VV.AA.: *Diccionario Biográfico Español*. Real Academia de la Historia, Madrid, (en prensa).

general sir Rowland Hill, comandante del ala derecha de Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington. A sus órdenes, le cupo el honor de iniciar el ataque aliado en la batalla de Vitoria, donde su intervención fue decisiva para la victoria aliada. Allí, sus hombres demostraron una férrea disciplina y él mismo se distinguió al permanecer en el campo de batalla pese a haber sido herido al principio del combate. La confianza de Wellington hizo que le eligiese como uno de los pocos generales españoles que le acompañarían en la invasión de Francia, que terminaría con la abdicación de Napoleón en Fontainebleau, el 6 de abril de 1814.

La designación de Pascual Enrile como segundo jefe y también máximo responsable de la escuadra tuvo lugar poco después. Aparte de una buena hoja de servicios, Pascual Enrile contaba con otra importante ventaja: sus conexiones familiares con la comunidad de comerciantes gaditanos para quienes la disrupción del comercio con América era especialmente dañina. Este grupo, decidido a defender sus intereses, no se limitó a formar un grupo de presión exigiendo una acción rápida y decisiva, sino que se organizó en lo que se denominó como la Comisión de Reemplazos, que acabaría siendo la institución «responsable de la organización y financiación de gran parte del esfuerzo español por suprimir las revueltas» (32) en América. En 1814, la Comisión de Reemplazos ya tenía una amplia experiencia en la financiación, reclutamiento y organización de expediciones peninsulares a América. Durante los dos años anteriores habían enviado un total de doce: cuatro a Nueva España, tres a Montevideo y tres más con destino a Maracaibo, Costa Firme y Lima, respectivamente (33). Con una Real Hacienda en total bancarota, los comerciantes gaditanos recurrieron a todo su ingenio para obtener recursos, llegando a organizar corridas de toros y funciones de teatro benéficas.

No fue sólo Cádiz quien financió las expediciones militares sino que también se intentó que fuese la propia América quién sufragase su coste. Se vendieron las existencias de cobre almacenadas en la ciudad de Méjico y se recibieron jugosas donaciones de americanos leales al rey que, si bien en principio estaban destinadas a sufragar la guerra contra el francés, acabaron en la caja de la Comisión de Reemplazos. Todo el mundo en la península esperaba que las proverbiales riquezas americanas fueran, tarde o temprano, las que pagasen todo. Un ejemplo, a la vez curioso e ilustrativo, de que el *mito de El dorado* seguía vigente está en una carta del general Castaños a Morillo en la que no tiene empacho en decirle: «aunque hasta ahora no he sido aficionado a diamantes ni topacios, espero no me olvidará V. en las primeras remesas que haga de estas piedras preciosas» (34).

(32) COSTELOE, Michael P.: «Spain and the Spanish American Wars of Independence: The Comisión de Reemplazos, 1811-1820», en *Journal of Latin American Studies*, v. 13, n. 2, (Nov. 1981), p. 224.

(33) *Ibidem*, p. 229.

(34) Carta del general Castaños a Morillo, Madrid, 20 de diciembre de 1814. Recogida en RODRÍGO VILLA, Antonio: *El Teniente General don Pablo Morillo, primer conde de Cartagena, marqués de la Puerta (1778-1837)*, t. II, Fortanet, Madrid, 1910, pp. 422-423.

De hecho, lo más asombroso es que un país agotado como España fuese capaz de acometer semejante esfuerzo. En apenas unos meses se reunió en Cádiz un conjunto de tropas impresionante: 12.254 hombres de infantería, caballería y artillería a los que se les sumaban buques de escolta y transporte (35).

TROPAS DE LA EXPEDICIÓN PARA REESTABLECER EL ORDEN EN COSTAFIRME

General en Jefe: Pablo Morillo
Jefe de Estado Mayor: Pascual Enrile

Infantería

Extremadura (Mariano Ricafort)
León (Antonio Cano)
Castilla (Pascual Real)
Primero de Victoria (Miguel La Torre)
Barbastro (Juan Cini)
La Unión (Juan Francisco Mendibil)
Batallón de Cazadores

Caballería

Dragones de la Unión (Salvador Moxó)
Húsares de Fernando VII (Juan Bautista Pardo)

Artillería (Alejandro Carvía)

2 compañías de artillería de plaza
1 compañía de artificieros
1 escuadrón volante a caballo con 18 piezas

Ingenieros

1 batallón de 3 compañías de ingenieros
1 batallón de ingenieros (Eugenio Iraurgi)
Parque de artillería de sitio, 1 hospital estacional y 1 hospital ambulante

Total Ejército Expedicionario (36): 12.254 hombres

Fuerzas Navales (37)

Jefe de la Escuadra: Pascual Enrile

(35) Muchas de las fuentes bibliográficas hablan de unos 10.000 hombres en total, pero parecen más exactos los de la Comisión de Reemplazos.

(36) Los datos aquí expuestos son, en su mayor parte, los recogidos por ALBI, Julio: *op. cit.*, p. 148. En lo referente a los mandos del ejército están extraídos de SEVILLA, Rafael: *Memorias de un oficial del Ejército Español, Campañas contra Bolívar y los separatistas de América*, Incunables, Bogotá, 1983. (ed. facs.; ed. orig., 1877).

(37) Datos de la composición de la Escuadra, marinería y oficiales al mando tomados de PÉREZ TURRADO, Gaspar: *op. cit.*, p. 205.

San Pedro de Alcántara (38). Navío de 64 cañones, 11 oficiales y 560 marineros. (Francisco Javier de Salazar)

Ifigenia. Fragata de 34 cañones, 308 marineros. (Alejo Gutiérrez de Rubalcaba)

Diana. Fragata de 34 cañones, 311 marineros. (José de Salas)

Diamante. Corbeta de 14 cañones, 114 marineros (Ramón Eulate)

Patriota. Goleta de 7 cañones, 58 marineros. (Jacinto Marcaida)

Gaditana. Barca con un cañón de 12, 39 marineros. (Juan Diéguez)

12 Obuseras o faluchos cañoneros. 146 marineros.

52 buques de transporte (39): *Primera, San Ildefonso, Guatemala, Daoiz, Velarde, Ensayo, Eugenio, Júpiter, Cortes de España, Numantina, Vicenía, Salvadora, Palma, Socorro, San Francisco de Paula, Providencia, Héroe de Navarra, San Pedro y San Pablo, Joaquina, Nueva Empresa, Empecinada, San Ignacio de Loyola, Los Buenos Hermanos, Preciosa, San Fernando, Apodaca, Elena, Venturosa, Coro, Pastora, Gertrudis, Arapiles, Águila, Parentela, Unión, Piedad, Carlota, San José, Segunda Carlota, Velona, San Enrique, San Andrés y Alianza.*

Total Ejército Expedicionario

12.254 soldados y oficiales.

1.547 tripulaciones y oficiales.

La expedición al mando de Pablo Morillo fue la más grande de las treinta en total que se enviaron a la América española entre 1811 y 1819. Además, a diferencia de la gran mayoría de las otras, las tropas no eran soldados bisoños sin apenas experiencia militar, sino que estaba compuesta, en su mayoría, por regimientos que ya tenían una amplia experiencia como unidades de combate.

Si reclutar, armar y pertrechar a los hombres era ya una tarea muy compleja, el conseguir barcos suficientes para transportarlos y escoltarlos a tierras americanas lo era aún más. Aunque Morillo era prueba viviente de cómo se podían crear regimientos casi de la nada y en muy poco tiempo, en la Marina la cosa era bien diferente. Los barcos tardan en construirse y las tripulaciones no se pueden improvisar. De hecho, fue el número limitado de barcos el que acabaría determinando el número total de tropas que se enviarían a América (40). Los astilleros navales se pusieron manos a la obra y, en un tiempo récord, consiguieron poner en estado de servicio los buques de guerra, que

(38) Datos de los buques de guerra de la expedición tomados de Datos de GONZÁLEZ-ALLER HIERRO, José Ignacio: «Relación de los Buques de la Armada Española en los siglos XVIII, XIX y XX», en VV.AA.: *El buque en la Armada Española*, Sílex, Madrid, 1999.

(39) SEVILLA, Rafael: *Memorias de un oficial del Ejército Español, Campañas contra Bolívar y los separatistas de América*. Ed. Incunables Bogotá, 1983 (ed. facs.; 1877), p. 23.

(40) HUMPHREYS, Robert. A.: *La Marina Real Británica y la liberación de Sudamérica*. Caracas, 1962, p. 17. Citado por PÉREZ TURRADO, Gaspar: *op. cit.*, p. 42.

estuvieron listos el 1 de enero de 1815. Para sus tripulaciones se recurrió a levadas forzadas (41), un eufemismo para referirse a un auténtico secuestro legal, cogiendo a los pescadores por sorpresa cuando llegaban a puerto, en reuniones o, incluso, en sus propias casas (42). De ello resultaron tripulaciones con muy baja moral, lo que sería una constante fuente de preocupaciones para la expedición. Para obtener buques de transporte, se empleó el sistema del embargo (43) por el que se autorizó a Enrile «a tomar todos los barcos nacionales y extranjeros que hubieren en puerto y fuesen considerados útiles para la expedición» (44). Este método acarreó el problema de tener que enfrentarse al descontento de armadores y tripulaciones que se tradujo en numerosos casos de sabotaje frente a los que Pascual Enrile fue inflexible, decretando que: «si un barco hace agua y no lo comunica de inmediato para remediar la avería, será juzgado en consejo de guerra» (45).

Isla Margarita

Por fin, llegó la orden de partir y, tras un intento fallido en el que una fuerte tormenta obligó a la flota a volver a la bahía de Cádiz, a las ocho de la mañana del 17 de febrero de 1815 partía la expedición de pacificación de Costafirme. Cuando llevaban varios días de navegación y ya se encontraban en alta mar el general en Jefe comunicó a la tropa que no iban «al Río de la Plata, como se había dicho, sino á Costafirme» (46), en la actual Venezuela. La noticia estuvo a punto de provocar una revuelta y Morillo hubo de recurrir a sus dotes de persuasión y mando para restaurar el orden. Hizo repartir una proclama en la que recordaba a los soldados los éxitos obtenidos en la lucha contra los franceses y diciéndoles que debían de alegrarse por ser destinados a «un país más cercano al nuestro» (47). Como esto no fuera suficiente, ordenó que todos los barcos pasasen, uno por uno, por el costado del buque insignia, el San Pedro de Alcántara, con las tropas formadas en cubierta y cuando estaban a su altura, Morillo gritaba: «¡Viva el rey! ¡Viva España!», a lo que los soldados contestaban: «¡Viva!», agitando sus gorras al aire. Y con esta, en apariencia, sencilla ceremonia, la tranquilidad volvió al ejército.

(41) Real Orden de 6 de enero de 1815, concediendo y regulando la leva. Archivo Bazán (AGMAB), Expediciones a Indias, 1815.

(42) Carta de Pascual Enrile, jefe de la escuadra, Cádiz, 3 de enero de 1815. AGMAB, Expediciones a Indias, 1815. Recogida por PÉREZ TURRADO, Gaspar: *op. cit.*, p. 202.

(43) Real Orden de 14 de noviembre de 1814, autorizando el embargo de buques mercantes. AGMAB, Expedición de Enrile, Indiferente de América, 1814. Recogida por PÉREZ TURRADO, Gaspar: *op. cit.*, p. 205.

(44) PÉREZ TURRADO, Gaspar: *op. cit.*, p. 205.

(45) Informe de Pascual Enrile al capitán general de Cádiz, fechado el 10 de febrero de 1815. AGMAB, Expediciones a Indias, 1815. Recogido por PÉREZ TURRADO, Gaspar: *op. cit.*, p. 206.

(46) SEVILLA, Rafael: *op. cit.*, p. 24.

(47) *Ibidem.*

El resto del viaje transcurrió con relativa normalidad, los únicos incidentes fueron los propios de los viajes transoceánicos en la era de los barcos a vela. A poco de la partida, un fuerte temporal dispersó los buques del convoy, produciendo el retraso de cuatro de ellos (48), y las inevitables calmas chichas, que ponían a prueba la paciencia de marineros y equipaje.

El 5 de abril de 1815 la flota expedicionaria anclaba frente a Carúpano, en la costa nor-occidental de la actual Venezuela, en cuyo fuerte ondeaba la bandera española desde donde, partió un pequeño bote con los mandos de las tropas realistas para ponerse a las órdenes del nuevo general en jefe.

A bordo del *San Pedro de Alcántara* tuvo lugar el primero y uno de los más importantes consejos de guerra entre los realistas. En él, Morillo fue informado de la situación real en aquellas tierras, muy distinta a las ideas que tenía el gobierno de Fernando VII. Los veteranos de esta guerra le resumieron cuanto habían padecido aquellos que habían permanecido fieles a la causa del rey y del modo en que se había radicalizado la lucha hasta convertirse en una auténtica guerra a muerte. En este Consejo se decidió que las tropas no desembarcarían en el continente sino que se dirigirían directamente hacia Isla Margarita. La elección del destino era evidente: Isla Margarita era uno de los más importantes focos del movimiento independentista y su cabecilla, Juan Bautista Arismendi, era uno de los más acérrimos enemigos con los que contaban los realistas. Además, la reducción de esta isla era uno de los objetivos de la expedición. Tras impartirse las correspondientes órdenes para la partida la escuadra se dispuso a pernoctar.

A la mañana siguiente, Pascual Enrile se encontró con la sorpresa de que, entre los barcos españoles, dos fragatas inglesas se habían infiltrado con la evidente intención de espiar. Tras ser cortésmente invitadas a irse, partieron hacia Barbados. Para entender el incidente hay que tener en cuenta que en esos momentos, con el fin de engañar a los independentistas y por órdenes expresas de Pascual Enrile, la flota española enarbolaba bandera inglesa.

A las seis de la mañana del 7 de abril de 1815, atracaban frente a Pampatar, en la costa este de la Isla Margarita. Pese a que en el fuerte ondeaba la bandera española y a que su guarnición había contestado de acuerdo a las señales secretas establecidas para la expedición (49), Pascual Enrile procedió con cautela ordenando que los barcos no se acercasen demasiado, mientras mandaba que la fragata *Diana* (50) reconociese más de cerca. Las precauciones no fueron en vano pues cuando la *Diana* estuvo cerca del fuerte, éste abrió fuego. Esta dificultad para distinguir al amigo del enemigo sería una de las constantes durante toda la expedición. En este caso, los rebeldes disponían

(48) PÉREZ TURRADO, Gaspar: *op. cit.*, p. 210.

(49) Reglamento impreso para la travesía de la Expedición a Costafirme. AGMAB, Expediciones a Indias, 1815.

(50) En el Museo Naval de Madrid se expone un modelo de fragata *Diana* (1792-1833), de 34 cañones. Museo Naval, núm. inv.: 361.

de los códigos de comunicaciones de la flota por haber apresado al *Guatemala*, uno de los barcos que se había retrasado en la tormenta ocurrida durante la travesía del Atlántico y que había tenido la mala suerte de embarcarse en estas costas. No obstante, la endeble amenaza que representaba el fuerte sólo podía retrasar las cosas y, el 9 de abril, tuvo lugar el desembarco del cuerpo expedicionario. Pese a que las tropas tuvieron que poner pie a tierra bajo fuego enemigo, una vez que estuvo consolidada la cabeza de puente, era claro que toda resistencia era inútil. Los defensores del fuerte comunicaron que estaban dispuestos a rendirse si se les perdonaba la vida, a lo que contestó Morillo que accedía «a condición de que no hubiese sido muerto ninguno de los tripulantes del *Guatemala*, y que le fuesen entregados sanos y salvos» (51). Requisito que los independentistas cumplieron y el fuerte fue rendido el 11 de abril. Cuatro días después, Morillo hacía circular una proclama a los habitantes de Isla Margarita en la que les decía: «yo espero que en lo sucesivo os comportareis con la misma fidelidad que en los tiempos anteriores hasta el año de 1809; pero temblad si así no se cumple, porque descargaré todo el rigor contra vosotros» (52). Con este acto y con el nombramiento del teniente coronel Antonio Herráiz como gobernador quedaba oficialmente pacificada la isla y cumplida la primera parte de las instrucciones de la expedición.

El 20 de abril, zarpaban hacia el continente. Un viaje de apenas una milla, por aguas conocidas y con buen tiempo que, en una curiosa vuelta del destino, resultaría catastrófico para el futuro de la expedición. Pascual Enrile, a bordo de la fragata *Diana*, junto a la corbeta *Diamante* y goleta *Patriota*, reconocía parte de la Isla Margarita, mientras el navío *San Pedro de Alcántara* (53) daba escolta a los transportes de tropas. A las tres y media de la tarde del día 24 se oyó el grito de ¡fuego! a bordo del navío. Al parecer, tres toneles de aguardiente de la despensa fueron el origen del fuego y desde allí se fue propagando al resto del buque (54). Su comandante, Francisco Javier de Salazar, pensando que desde fuera podría coordinar mejor las operaciones, pasó a un bote y de ahí a una de las goletas que se habían acercado a auxiliar al *San Pedro de Alcántara*. Al ver que el comandante abandonaba la nave, cundió el pánico entre la tripulación, que en su mayor parte se precipitó al mar o a los botes. A bordo quedaron dos oficiales, el teniente de navío Fernando Lizarza y el alférez de fragata Ángel Santa María, quienes, al mando de una treintena de marineros, siguieron luchando contra las llamas hasta que Lizarza vio que era inútil y decidió que lo mejor era intentar hundir el buque para evitar la

(51) SEVILLA, Rafael: *op. cit.*, p. 35.

(52) Proclama de Morillo a los habitantes de la Isla Margarita, Pampatar, 15 de abril de 1815. Real Academia de la Historia, Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, sig. 9/7650, leg. 7, c), f. 104.

(53) Navío de 64 cañones botado en La Habana en 1788. GONZÁLEZ-ALLER HIERRO, José Ignacio: «Relación de los Buques...».

(54) GARCÍA CAMBA, Andrés: *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú 1809-1821*, Ed. América, Madrid, s.f., p. 242 y ss.

explosión de la mucha munición que almacenaba. Primero intentó abrir una vía desde dentro pero, al no conseguirlo, decidió disparar uno de sus propios cañones para hundirlo. No pudo hacerlo pues ya el fuego reinaba en la cubierta y los últimos tripulantes del navío tuvieron que saltar a uno de los botes que auxiliaban al *San Pedro de Alcántara* en sus últimos momentos (55). Poco después, estallaba en «un relámpago inmenso, indescriptible ...(...)... como el cráter de un volcán a las nubes, luego un ruido espantoso, prolongado, inaudita, la mar tembló, las aguas se arremolinaron...» (56). Con él se perdieron la caja de la expedición con más de 1.100.000 pesos, gran parte de la artillería, «8.000 fusiles é igual número de monturas, espadas y pistolas; 8.000 vestuarios completos de paño, infinidad de útiles de ingenieros, 4.000 quintales de pólvora, un sinnúmero de bombas, granadas y balas, y todos los equipajes de los jefes y oficiales» (57). En el Museo Naval de Madrid se exhiben unos pesos acuñados en México fundidos a parte del buque que en 1847 fueron recuperados del pecio del *San Pedro de Alcántara* por una compañía norteamericana (58). En enero del 2011 la Armada bolivariana de Venezuela hizo público que desde hacía unos meses se estaban llevando a cabo trabajos de exploración de los restos del naufragio (59).

Según los testimonios recogidos en la investigación llevada a cabo por la Marina (60), se trató de un hecho fortuito y los tripulantes del barco actuaron de forma correcta, pero si el terremoto de Caracas de 1812 fue interpretado por algunos como un castigo de la providencia a los independentistas, la pérdida del *San Pedro de Alcántara* podía tomarse como su contrapartida. Su contenido era el resultado del esfuerzo de una España exhausta y reemplazarlo, al menos a corto plazo, era imposible. Por su experiencia con Wellington durante la guerra de la independencia, Pablo Morillo sabía muy bien que un ejército que vive del terreno, como hicieron los franceses, acaba atrayéndose el odio de la población.

Cartagena de Indias

Una vez en el continente, las tropas realistas entraban en Caracas el 8 de mayo, donde cuenta el capitán Rafael Sevilla, sobrino de Pascual Enrile, que «gallardas jóvenes, lujosamente vestidas, nos daban hurras, saludándonos con sus pañuelos como si fuésemos Mesías» (61). Pocos días más tarde lo hacían

(55) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Naufragios de la Armada Española, Relación histórica formada con presencia de los documentos oficiales que existen en el archivo del ministerio de Marina*, Estrada, Díaz y López, Madrid, 1867, pp. 236-244.

(56) SEVILLA, Rafael: *op. cit.*, p. 43.

(57) *Ibidem*, p. 45.

(58) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Naufragios de la Armada Española*, p. 236-244.

(59) http://www.fuerzasmilitares.org/phase_two/index.php?topic=13.1525;wap2

(60) Expediente a los tripulantes del navío San Pedro de Alcántara; corre desde el 25 de mayo de 1817 al 8 de abril de 1819, Archivo Bazán, Expediciones a Indias, 1819, I, Buques.

(61) SEVILLA, Rafael: *op. cit.*, p. 46.

Morillo y Enrile, siendo recibidos con «salvas, músicas, fuegos artificiales, banquetes y otros festejos públicos por parte del gobierno y del pueblo» (62). Allí se dictó una proclama que combinaba el lenguaje conciliador con la descarnada amenaza: «¡Cuan grato será en mi vejez el oír que sois felices! Yo me diré entonces con orgullo: Los puse en el camino de la ducha, sofocando los partidos y conservándolos leales al rey! (...) «pero si me obligáis á desenvainar la espada, no culpéis al rey más clemente, de los arroyos de sangre que correrán» (63).

Asegurada la tranquilidad de Caracas, las tropas realistas se prepararon para cumplir el siguiente punto de sus instrucciones: ocupar la plaza de Cartagena de Indias (64). Esta ciudad era considerada, y con razón, la llave de las Indias (65), pues era el puerto de salida hacia la península Ibérica de toda la América del Sur. De camino hacia allí, el 23 de julio desembarcaron en Santa Marta, bastión realista, donde fueron recibidos con enormes muestras de júbilo. A principios de agosto, partieron hacia Cartagena de Indias.

El sistema defensivo de Cartagena de Indias se basa en un complejo sistema de anillos concéntricos que se refuerzan mutuamente, diseñado para repeler un ataque enemigo que busque tomar rápidamente la ciudad (66). La filosofía defensiva de Cartagena gira en torno a la idea de retrasar el avance de los sitiadores para permitir que el clima y las enfermedades los vayan frenando hasta mermar de tal modo sus fuerzas que les obliguen a retirarse. La Corona española había gastado mucho dinero y el talento de sus mejores ingenieros militares para asegurarse de que la plaza fuera inexpugnable. Habiendo extraído correctamente la lección del fracaso del ataque de Vernon en 1741, Pablo Morillo decidió rendir la plaza por hambre, evitando a toda costa el ataque directo. Además, dado que había perdido toda de su artillería de asedio

(62) LANDAETA ROSALES: *Recepciones hechas en Caracas á hombres públicos de Venezuela, desde 1810 hasta 1906*, Caracas, 1906, recogido por RODRÍGO VILLA, Antonio: *op. cit.*, p. 142.

(63) Proclama de Morillo a los habitantes de Venezuela, fechada el 11 de mayo de 1815 en el cuartel general de Caracas, p. 6 de las Piezas Justificativas, recogida por Pablo Morillo, *Manifiesto que hace á la Nación Española el teniente general don Pablo Morillo, conde de Cartagena, marqués de la Puerta, y general en jefe del Ejército Expedicionario de Costafirme con motivo de las calumnias é imputaciones atroces y falsas publicadas contra su persona en 21 y 28 del mes de abril último en la gaceta de la Isla de León, bajo el nombre de Enrique Somoyar*, Impreso en Caracas por don Jacinto Gutiérrez, Reimpreso en Madrid, Imprenta calle de la Greda á cargo de su regente don Cosme Martínez, 1821.

(64) Instrucciones dadas al general Morillo para su expedición a Costafirme, por el ministro universal de indias Lardizábal. Muy reservado. Madrid, 18 de noviembre de 1814. Real Academia de la Historia, Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, Sig. 9/7651, b), ff. 39-46v.

(65) CASTILLO MATHIEU, Nicolás del: *La llave de las Indias*. El Tiempo, Bogotá, 1981, p. 1 y ss.

(66) Para una descripción del sistema defensivo de Cartagena de Indias, véase: QUINTERO SARAVIA, Gonzalo M.: *Don Blas de Lezo, Defensor de Cartagena de Indias*. Planeta, Bogotá, 2002, p. 149 a 173.

con el hundimiento del *San Pedro de Alcántara* (67) tampoco tenía mucha más opción.

La primera parte del plan de Morillo consistía en que la flota rodease la bahía de Cartagena estableciendo un bloqueo por mar, lo que se efectuó a finales del mismo mes de agosto, formado una línea recta desde Punta Canoas, al Norte, hasta más allá de Bocachica. No obstante, el bloqueo distó mucho de ser perfecto y en varias ocasiones los situados conseguirían burlarlo (68). Además, los independentistas contaban con varios buques, que aunque difícilmente puedan calificarse de flotilla, representaron un constante desafío al dominio del mar por parte de los realistas. Bajo el pabellón tricolor, que en su día diseñara Francisco Miranda (69), servían la corbeta *Dardo*, de 22 cañones, 10 goletas, 2 balandras, 20 bongos y lanchas armados con cañones y obuses y varios botes, piraguas y canoas (70).

Por tierra el cerco quedó cerrado el 7 de septiembre, cuando los hombres del capitán Ramón Sicilia ocuparon Barú sin encontrar apenas oposición. Los cartageneros conscientes que el bloqueo suponía su condena no cejaron en su empeño de intentar romperlo pero dada la extrema inexperiencia militar de los sitiados, la mayoría de sus esfuerzos fueron mal preparados y peor ejecutados. Así, por ejemplo, el 22 de septiembre trataron de apoderarse de la fragata española *Ifigenia*, pero la falta de coordinación entre el jefe de la escuadra independentista, Juan Nepomuceno Eslava, y el corsario francés al servicio de la ciudad, Luis Aury, dieron como resultado un estrepitoso fracaso en el que cayeron 25 hombres, 35 fueron heridos y se perdieron 130 fusiles. El fiasco tendría gravísimas consecuencias para la defensa de la plaza pues, después de intercambiarse mutuos reproches, Eslava destituyó a Aury confinándolo a su barco, el *Republicano* (71). Este fracaso y algún otro, desencadenó un golpe de estado entre los líderes independentistas que llevó al poder a los partidarios de los hermanos Piñeres. Bajo su mandato la ciudad vivió una suerte de terror revolucionario: se puso de nuevo en práctica la guerra a muerte decretada por Bolívar años atrás (72), se asesinaron prisioneros (73) y se instauró una Junta de Seguridad Pública encargada de castigar con la muerte a todo aquel que intentase favorecer al enemigo (74).

(67) SEMPRÚN, José y BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: *El Ejército Realista en la Independencia Americana*, Maphre, Madrid, 1992, p. 33.

(68) PÉREZ TURRADO, Gaspar: *op. cit.*, p. 246.

(69) Diseño de la bandera de los rebeldes de Venezuela, 24 de Mayo de 1817. Archivo General de Indias, MP-Banderas, 26.

(70) RODRÍGO VILLA, Antonio: *op. cit.*, p. 170.

(71) CACUA PRADA, Antonio: *El corsario Luis de Aury, Intimidaciones de la independencia*. Academia Colombiana de Historia, Bogotá, 2001, pp. 33 y 34.

(72) SOURDIS DE LA VEGA, Adelaida: *Cartagena de Indias durante la Primera República, 1810-1815*, Banco de la República, Bogotá, 1988, p. 138.

(73) LEMAITRE, Eduardo: *Breve Historia de Cartagena*, Colina, 1998, Medellín, p. 107.

(74) SOURDIS DE LA VEGA, Adelaida: *op. cit.*, p. 128.

A partir de este momento la situación fue degenerando sin remedio. El hambre provocada por el bloqueo y la falta de previsión de sus líderes iba minando el ánimo de los defensores. En el bando realista la situación tampoco era buena. En su retirada hacia Cartagena de Indias, los independentistas habían practicado la táctica de tierra quemada con lo que el avituallamiento era muy complicado. Si el hambre no fuera suficiente, las enfermedades tropicales se ensañaron con las tropas peninsulares recién llegadas a tierras americanas. Las tropas realistas fueron presa de «las picadas de los mosquitos zancudos de las ciénagas, ... producían unas llagas gangrenosas en las piernas y que causaban la muerte si no se hacía muy pronto la amputación...» (75), de «las disenterías escorbúticas» (76), y los hospitales de campaña instalados en Sabanalarga, Arjona y Turbaco llegaron a albergar a más de 3.600 enfermos (77), más de una cuarta parte del total.

En eso llegaron los temporales de octubre, que en este año de 1815 fueron especialmente violentos. En la ciudad los habitantes se desesperaban con la lluvia, la mar de leva y los vientos, y la flota sitiadora sufrió uno de sus peores momentos. Fondeada frente a las murallas sobre bancos de arena para los que sus anclas eran totalmente inútiles (78) las embarcaciones eran arrastradas unas contra otras y los marinos hubieron de emplearse a fondo, no ya para mantener el bloqueo sino para no irse a pique. Al mal tiempo se sumaba el pésimo estado de los barcos encomendados a Pascual Enrile, pues pese a las reparaciones de urgencia efectuadas en Cádiz, «eran unidades viejas y tenían las maderas podridas; no en vano la expedición se retrasó varios meses con el fin de ponerlas a punto» (79) y el clima tropical y la «broma» (80) empezaban a causar estragos, «las maderas se resecan, las juntas se separaban y las embarcaciones hacían agua por cualquier parte» (81).

La moral, tanto de sitiadores como de sitiados, estaba por los suelos y empezaron las deserciones. Morillo estaba empezando a ponerse nervioso y para estrangular aún más a Cartagena decidió hacerse con el control de la isla de Tierrabomba ordenando un asalto por sorpresa por parte de 700 hombres al mando de Tomás Morales. Si bien esta posición no era vital para el cerco, su posesión por parte de los sitiados les facilitaba el poder romper la línea de barcos realistas que en este lugar pudiesen encontrar provisiones. Ésta es al menos la justificación que el propio Morillo para el asalto (82), pero en reali-

(75) SEVILLA, Rafael: *op. cit.*, p. 71.

(76) *Ibidem.*

(77) SOURDIS DE LA VEGA, Adelaida: *op. cit.*, p. 149.

(78) *Ibidem.*, p. 150.

(79) PÉREZ TURRADO, Gaspar: *op. cit.*, p. 89.

(80) Molusco cuyas valvas de su concha, a manera de mandíbulas, perforan las maderas sumergidas y causan graves daños a las construcciones navales. «Broma», REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Diccionario Manual e ilustrado de la Lengua Española*, Espasa-Calpe, Madrid, 1989, p. 237.

(81) PÉREZ TURRADO, Gaspar: *op. cit.*, p. 89.

(82) RODRÍGO VILLA, Antonio: *op. cit.*, t. I, p. 174 y 159.

dad se trataba de una acción motivada tan sólo por la exasperación de Morillo entre cuyas virtudes la paciencia nunca tuvo un lugar destacado.

El último enfrentamiento armado por Cartagena de Indias tendría lugar en la mar cuando, el 12 de noviembre, un pequeño convoy de barcos de transporte de tropas en dirección a Tierrabomba, al mando del teniente de navío, José de la Serna, se encontró de sorpresa con cinco goletas, una balandra y seis bongos (canoas artilladas) que hundieron tres lanchas y causaron serios desperfectos entre las naves realistas que se vieron obligadas a retirarse (83). Al día siguiente, los independentistas, lejos de estar derrotados, siguieron combatiendo hasta que tuvieron que retirarse ante la llegada de unas cuantas lanchas cañoneras de refuerzo enviadas por Enrile.

En los últimos días de noviembre y primeros de diciembre de 1815 la situación de los sitiados era desesperada, «ya se habían comido todos los caballos, mulos, burros, perros, gatos y cueros que había..., lo mismo que cuantas yerbas podían haber a las manos...» (84). En este momento, cuando estaba claro que no podrían resistir mucho más, Morillo ordenó un bombardeo desde el mar para romper definitivamente su voluntad de resistencia. Finalmente, el 6 de diciembre de 1815, las tropas realistas entraban en Cartagena de Indias.

Para describir el estado de la ciudad lo mejor es dar la palabra al propio Morillo, quién, en su parte oficial fechado el 31 de diciembre, escribía, «La ciudad presentaba el espectáculo más horroroso a nuestra vista. Las calles estaban llenas de cadáveres que infestaban el aire, y la mayor parte de los habitantes se encontraban moribundos por resultas del hambre» (85). De los 16 ó 18.000 habitantes de Cartagena, más de un tercio había perecido en el asedio (86). También los sitiadores habían pagado un alto precio, 1.825 bajas entre los soldados peninsulares y 1.300 entre los naturales del país (87), la mayoría de ellas no en acciones de guerra sino producto de las enfermedades. Ante el macabro espectáculo que se encontraron, las tropas realistas, en lugar de entrar a saco tal como establecían las leyes de la guerra (88), dejaron sus fusiles y empezaron a socorrer a los pobres habitantes. Hicieron todo lo que estuvo en sus manos para aliviar los sufrimientos de los cartageneros. Incluso las fuentes más críticas (89) de Morillo reconocen los cuidados que recibió la población de manos de sus anteriores sitiadores.

(83) PÉREZ TURRADO, Gaspar: *op. cit.*, p. 265 y 266.

(84) RESTREPO, José Manuel: *op. cit.*, t. II, p. 83.

(85) Despacho de Morillo, Cartagena de Indias, 31 de diciembre de 1815. Recogido por RODRÍGO VILLA, Antonio: *op. cit.*, t. I, p. 178.

(86) SOURDIS DE LA VEGA, Adelaida: *op. cit.*, p. 150.

(87) SEVILLA, Rafael: *op. cit.*, p. 71.

(88) MORILLO, Pablo: *Manifiesto que hace a la Nación Española el teniente general don Pablo Morillo, conde de Cartagena, marqués de la Puerta, y general en jefe del Ejército Expedicionario de Costafirme con motivo de las calumnias e imputaciones atroces y falsas publicadas contra su persona en 21 y 28 del mes de abril último en la gaceta de la Isla de León, bajo el nombre de Enrique Somoyar*, Impreso en Caracas por don Jacinto Gutiérrez, Reimpreso en Madrid, Imprenta calle de la Greda a cargo de su regente don Cosme Martínez, 1821, p. 18.

(89) RESTREPO, José Manuel: *op. cit.*, p. 86.

Justo antes de entrar en la ciudad, se recibió la noticia de que Arismendi se había sublevado en Isla Margarita y asesinado a toda la guarnición. En el campo realista fue considerado como una traición y produjo un cambio completo en la política que hasta entonces habían aplicado los mandos realistas. Para emprender el avance contra el corazón del virreinato de la Nueva Granada era esencial asegurar su retaguardia en Cartagena de Indias y, para lograrlo, Pablo Morillo instauró una política de depuración a imagen y semejanza de la llevada a cabo en la península ibérica tras la expulsión de los franceses.

Sobre el destino de los jefes insurrectos Morillo no tenía duda alguna. En su parte al gobierno de Madrid, fechado el 31 de diciembre (90), dice refiriéndose a Manuel del Castillo y Rada, jefe militar rebelde de la plaza hasta su deposición por el golpe de estado interno de los hermanos Piñeres y que estaba encarcelado junto a,

«otros varios rebeldes y asesinos: estos serán juzgados en el consejo de guerra permanente, y se les impondrán las penas a que se hayan hecho acreedores por sus maldades según las leyes; pues se ha visto el poco aprecio que ha tenido la clemencia del Soberano a la llegada del ejército a la provincia de Venezuela, perdonando a algunos de sus caudillos según la voluntad de Su Majestad» (91).

Morillo había aprendido la lección de Arismendi y nunca más sentiría la tentación de emplear «todos los medios de dulzura» (92) con aquellos a los que, en una circular de 1818 prohibía «el uso de la palabra patriota, aplicada a los revolucionarios» y que calificaba de «desleales, ..., insurgentes, rebeldes, facciosos» (93).

Apenas nueve días después de haber escrito a Madrid sobre sus intenciones con los cabecillas de la insurrección, se les abrió proceso. Una vez concluidos los trámites legales, 22 de ellos fueron sentenciados a muerte y ejecutados (94). Los bustos de nueve de ellos, erigidos en el lugar en que antes se alzaba

(90) Despacho de Morillo, Cartagena de Indias, 31 de diciembre de 1815. Recogido por RODRÍGO VILLA, Antonio: *op. cit.*, p. 178.

(91) ÍDEM: p. 181.

(92) Instrucciones dadas al general Morillo para su expedición a Costafirme, por el ministro universal de indias Lardizábal, sección de «política», punto 1, Muy reservado. Madrid, 18 de noviembre de 1814. Real Academia de la Historia, Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, Sig. 9/7651, b), ff. 39-46v.

(93) Circular de Morillo prohibiendo el uso de la palabra «patriota», aplicada a los revolucionarios, sin fecha pero hallada entre los papeles de 1818. Recogida por RODRÍGO VILLA, Antonio: *op. cit.*, t. III, p. 702-703.

(94) Despacho de Morillo al ministro de la Guerra remitiendo relación de individuos pasados por las armas, Cartagena de Indias, 16 de febrero de 1816. Real Academia de la Historia, Colección Morillo, conde de Cartagena, sig. 9/7656, leg. 13, b), ff. 124-125. «Individuos pasados por las armas. Asesinos de los españoles prisioneros de la Ynquisición. Pasados por las Armas el 1º de febrero: Juan Bautista Marin, Francisco Castro y Jose Liberato Pretel; Reos de

el puente de San Francisco y donde hoy está el llamado «Camellón de los Mártires», son testigos de la profunda herida abierta entonces. Había comenzado la política del terror.

Cuando las tropas realistas acababan de tomar posesión de Cartagena de Indias interceptaron una comunicación que anunciaba la inminente llegada de un convoy con suministros desde Jamaica. Pascual Enrile ordenó que se mantuviese la apariencia de que el bloqueo continuaba y de que Cartagena seguía en manos independentistas. Tras el intercambio de las señales convenidas, los buques entraron en puerto para descubrir demasiado tarde que habían caído en una trampa (95). De este modo se logró apresar 9 goletas, 1 bergantín, 1 bergantín-goleta y 1 balandra; seis de estos buques eran de nacionalidad inglesa, cinco norteamericanas y uno de origen danés (96). Pese a que las leyes de guerra daban derecho a los realistas a considerarlos como presa legítima y, por lo tanto, confiscar barcos y carga, las autoridades norteamericanas y británicas no cesarían en reclamar, tanto a Madrid como al propio Morillo, que sus ciudadanos y sus bienes fuesen respetados. En sus comunicaciones con las autoridades inglesas y con Luis de Onís (97), enviado de España en Washington, Morillo, convenientemente asesorado por Pascual Enrile, desplegó argumentos basados en el derecho del mar, derecho de gentes y derecho de la guerra, sosteniendo la legalidad de sus acciones al mismo tiempo que advertía que cualquier acción inamistosa por parte de cualquier gobierno extranjero sería convenientemente respondida (98).

Era un momento de triunfo para Pablo Morillo y Pascual Enrile. Y como bien está lo que bien acaba, en sus respectivos despachos a Madrid todo fueron felicitaciones. Mientras Enrile escribía:

«No debo pasar en silencio la buena armonía entre el ejército y la armada que tanto ha contribuido para el logro de la empresa que se había propuesto S.M. ...(...)... y por mi parte es de mi obligación el decir que el general en jefe del ejército, el Excmo. Sr. D. Pablo Morillo, y el de la provincia, el Excmo. Sr. D. Francisco Montalvo, han contribuido a que se

Infidencia y dos de ellos asesinos de los españoles prisioneros. Pasados por las armas: Juan José de la Peña, Santos ¿Suenar? ¿Luenar?, Domingo Pumar, Pedro Moreno, Liberato Rodríguez, José Manuel Calderón; Reos de Infidencia cogidos con las armas en la mano: Pedro Villapoll o Villapole, José Acevedo, José Manuel Rodríguez, Pedro Martínez Oramas, Francisco Mendoza, Clemente Carrearo o Carreaco, José María Sosa, Tiburcio Flores; Paysanos pasados por las armas en 4 de enero por incendiarios: Manuel Martínez, Diego Ortiz, Domingo Victoria, Pedro Antonio García, Eduardo Araco o Araso».

(95) RODRÍGO VILLA, Antonio: *op. cit.*, t. I, p. 167.

(96) PÉREZ TURRADO, Gaspar: *op. cit.*, p. 247.

(97) Cartas de Luis de Onís, ministro plenipotenciario de España ante los Estados Unidos de América, al general Morillo, Philadelphia: 3 de marzo de 1816; 3 de marzo de 1816; 4 de marzo de 1816; 20 de marzo de 1816. Recogidas por RODRÍGO VILLA, Antonio: *op. cit.*, t. III, p. 11 y ss.

(98) Carta de Morillo a Luis de Onís, Santa Fe de Bogotá, 23 de junio de 1816. Recogida por RODRÍGO VILLA, Antonio: *op. cit.*, t. III, p. 22.

hiciese general la amistad y buena armonía que sin cesar ha reinado entre nosotros tres» (99).

Morillo, por su parte, añadía:

«El mariscal de campo D. Pascual Enrile, general de la escuadra, y mi segundo en el ejército, ha trabajado incesantemente en uno y otro objeto, y a su actividad, conocimientos y genio dispuesto para todo se deben muchos de los pasos que sucesivamente han ido proporcionando la entrega de la plaza: este general es bien conocido por sus talentos, tanto en la armada como en el ejército» (100).

Producto de tanta satisfacción fue que, algunos meses más tarde, ambos figurasen en la lista de los primeros condecorados con la Gran Cruz de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica, creada por Fernando VII apenas unos meses antes, el 14 de marzo de 1815, para premiar la «lealtad acrisolada a España y los méritos de ciudadanos españoles y extranjeros en bien de la Nación y muy especialmente a favor de la prosperidad de los territorios americanos y ultramarinos» (101). En el retrato que de Pascual Enrile se conserva en el Museo Naval de Madrid puede verse la banda de la Orden de Isabel la Católica asomando por debajo de la de la Cruz al Mérito Naval (102), de acuerdo a lo establecido, entonces por los usos y hoy por la legislación, de dar preferencia a las condecoraciones militares sobre las civiles en el personal militar (103).

Campana hacia el interior. Santa Fe de Bogotá

Tras haber enviado por delante la mayor parte de las tropas, Morillo, siempre acompañado por Enrile, partió de Cartagena de Indias el 16 de febrero de 1816. No tenían prisa, pues debían dar tiempo a que sus coroneles cumplieren con sus respectivas misiones de ir peinando el país de norte a sur, aprovechando su lenta marcha para «conocer este país militarmente y enterarme de sus producciones» (104). De hecho, Enrile había impartido órdenes expresas a

(99) Despacho de Pablo Morillo, Cartagena de Indias, 31 de Diciembre 1815. Recogido en RODRÍGO VILLA, Antonio: *op. cit.*, t. I, p. 180.

(100) Despacho de Pascual Enrile, Cartagena de Indias, 31 de Diciembre 1815. Recogido en RODRÍGO VILLA, Antonio: *op. cit.*, t. I, p. 185.

(101) Decreto de Fernando VII, fechado en Madrid el 14 de marzo de 1815, por el que se crea la Real y Americana Orden de Isabel la Católica.

(102) Retrato del Excmo. Sr. D. Pascual de Enrile y Alcedo, n. 236. *Catálogo descriptivo de los objetos que contiene el Museo Naval*, (2ª ed.), Luis Beltrán, Madrid, 1862, p. 44.

(103) Capítulo II de la Orden del Ministerio de Defensa 3594/2003, de 10 de diciembre de 2003, publicada en el *Boletín Oficial del Estado* núm. 252 de 29 de diciembre de 2003.

(104) Despacho de Morillo al ministro de la Guerra, Santa Fe de Bogotá, 31 de mayo de 1816. Real Academia de la Historia, Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, sig. 9/7656, leg. 13, a), ff. 20v-21.

cada oficial para que durante la marcha tuviesen «el cuidado de anotar con lápiz todos los accidentes del terreno, trazando el croquis de los caminos, alturas, ríos y cuanto pudiera convenir a las operaciones militares» (105).

Antes de salir había mandado publicar una proclama a los habitantes de la Nueva Granada, en la que les decía:

«yo perdonaré al que se acoja a la clemencia de S.M.; vuestras vidas y bienes serán protegidos; dirigíos hacia mí como hermanos; todo lo pasado se olvida; pero desgraciado del que obedezca las órdenes de los rebeldes; pues dejaré á un lado la clemencia y os castigaré, porque se resisten a las órdenes de su legítimo Rey el señor D. Fernando VII» (106).

A finales de mayo de 1816, estaban a las puertas de Santa Fe de Bogotá. Probablemente la mejor descripción del ánimo con que todos llegaron a la capital virreinal es la que hace Salvador de Madariaga cuando dice que: «Este Morillo no era el mismo hombre que había tomado a Margarita con el perdón en el alma y a Cartagena con dolor en el corazón. Ahora vibraba en él un profundo resentimiento...» (107). Un resentimiento que aflorará en una feroz represión.

El terror que se instaló en Santa Fe de Bogotá durante los seis meses que Morillo permaneció en la capital del virreinato no fue ni ciego, ni indiscriminado, ni surgido de la nada. Puede argumentarse, no sin razón, que en muchas ocasiones no se hizo más que aplicar en América lo que ya vivían sus compatriotas del otro lado del Atlántico, donde Fernando VII depuraba, purificaba y llenaba las cárceles de todos los que no gritaban «¡Vivan las cadenas!». El terror no surgió como una simple venganza por la insurrección de la Isla Margarita, sino que fue el fruto de una fría determinación de restaurar el control en el virreinato. Además, se dirigió muy especialmente contra los que el alto mando realista consideraba los mayores culpables: las élites. Con esto último se pretendía renovar el viejo pacto entre la Corona y el pueblo pues conviene recordar, en palabras de Indalecio Liévano Aguirre, referidas a los últimos años del siglo XVII pero también vigentes en 1816, «el entusiasmo y lealtad que otorgaban las masas de la población nativa a la Corona, en reconocimiento de la protección que de ella recibían contra los abusos de la

(105) RODRÍGO VILLA, Antonio: *op. cit.*, t. I, p. 199.

(106) Proclama de Morillo a los habitantes de la Nueva Granada, Cartagena de Indias, 22 de enero de 1816, p. 20 de las Piezas Justificativas, recogida por MORILLO, Pablo: *Manifiesto que hace á la Nación Española el teniente general don Pablo Morillo, conde de Cartagena, marqués de la Puerta, y general en jefe del Ejército Expedicionario de Costafirme con motivo de las calumnias é imputaciones atroces y falsas publicadas contra su persona en 21 y 28 del mes de abril último en la gaceta de la Isla de León, bajo el nombre de Enrique Somoyar*, Impreso en Caracas por don Jacinto Gutiérrez, Reimpreso en Madrid, Imprenta calle de la Greda a cargo de su regente don Cosme Martínez, , 1821.

(107) MADARIAGA, Salvador de: *Bolívar*, t.I, Sudamericana, 1959 (3.^a ed.), Buenos Aires, p. 565.

poderosa oligarquía criolla, dueña de la riqueza» (108). De este modo, en palabras del propio Pablo Morillo, era imprescindible «cortar de raíz los malos hábitos» (109) producto de «unos pocos genios hijos de la novedad» advirtiendo a los americanos que «la Francia ha pagado con ríos de sangre manifestada con un Rousseau, Voltaire y otros, y desgraciadamente vosotros pagáis los delirios del jacobinismo que estos autores han producido en la cabeza de los que han pretendido gobernaros» (110).

El Consejo Permanente de Guerra fue el órgano encargado del enjuiciamiento de los acusados de rebelión y traición. José Manuel Restrepo (111) mantiene que, sólo en Santa Fe, llegó a haber más de 600 personas en las cárceles. A primera vista, la cifra puede parecer un tanto exagerada (112), pero el propio Morillo reconocería que «si se fuere a proceder contra ellos (todas las personas de este Reyno envueltas en la insurrección) sería preciso poner en prisión una parte muy considerable del pueblo» (113). Mucho se ha debatido sobre el número de ajusticiados durante este período, pero siguiendo el estudio de Oswaldo Díaz y Díaz (114), que recoge la «Relación de los principales cabezas de la rebelión de este Nuevo Reino de Granada, que después de formados sus procesos, y vistos detenidamente en el Consejo de Guerra Permanente, han sufrido por sus delitos la pena capital en la forma que se expresa», y que abarca desde la llegada de Morillo a la capital hasta el 12 de diciembre de 1816, parece ser que durante este tiempo se pronunciaron y ejecutaron 96 sentencias de muerte, 58 de ellas en Santa Fe de Bogotá.

Para hacerse una idea del impacto de las ejecuciones también hay que tener en cuenta que en éstas desapareció, en gran medida, la parte intelectualmente más activa de la sociedad novogranadina. Para imaginar la profunda huella dejada por la represión baste mencionar los nombres de Camilo Torres, Joaquín Camacho, José Gregorio y Frutos Gutiérrez, Crisanto Valenzuela,

(108) LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio: *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, t. I, Intermedio, Bogotá, 2002, p. 386.

(109) Bando dado por Morillo a las provincias y lugares del Nuevo Reino de Granada, Santa Fe de Bogotá, 6 de junio de 1816. Real Academia de la Historia. Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, Sig. 9/7650, leg. 7, e), f. 248.

(110) Proclama de Morillo a los habitantes del Socorro y Tunja, Ocaña, 1 de abril de 1816. Recogida en RODRÍGO VILLA, Antonio: Bogotá, 2002., t. III, p. 46.

(111) RESTREPO, José Manuel: *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, (1.ª ed. 1827), Bedout, Bogotá, s.f., v. II, pp. 138 y 139.

(112) Si se tiene en cuenta que según el censo de 1843 la población total de la capital era de 40.086 habitantes para un total de 1.936.522 en toda Colombia, lo que daría que un 1,49% de todos los habitantes de Bogotá fueron hechos presos.

(113) Despacho de Morillo al Ministro de la Guerra, Santa Fe de Bogotá, 31 de mayo de 1816. Real Academia de la Historia. Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, Sig. 9/7656, leg. 13, b), f. 139.

(114) DÍAZ DÍAZ, Oswaldo: *La Reconquista Española, Tomo I, Invasión Pacificadora, Régimen del Terror, Mártires, Conspiradores y Guerrilleros (1815-1817)*, Historia Extensa de Colombia de la Academia Colombiana de Historia, Lerner, Bogotá, 1964, v. VI, p. 119 a 125.

Miguel Pombo, Jorge Tadeo Lozano, Francisco Antonio Ulloa, Manuel Torices o José María Dávila. A todos ellos hay que añadir la irreparable pérdida que para la ciencia y el desarrollo del pensamiento colombianos sería la temprana desaparición de Francisco José de Caldas.

La ejecución de Caldas es, probablemente, la principal responsable de la leyenda negra que ha perseguido a Pascual Enrile. Entre los logros y avances de este geógrafo y astrónomo, nacido en 1770, estaba la elaboración de un instrumento para calcular la altura mediante la medición de la temperatura a la que el agua alcanza su punto de ebullición (115), había acompañado a Humboldt y Bonpland en su viaje por tierras de la audiencia de Quito y sus obras abarcan un amplio campo científico. Su labor como fundador y director, primero de *El Semanario* y después del *Diario Político de Santafé de Bogotá* hizo que desempeñase un papel crucial en la propagación de las ideas liberales en el virreinato de la Nueva Granada. Esta actividad política sería la que le costaría la vida. Ante la llegada de las tropas realistas al centro del país, Caldas intentó huir hacia el sur. En una carta escrita a su mujer el 31 de marzo ya tenía muy claro que «el adiós que te di puede ser el último si los españoles nos subyugan, porque estoy en la firme resolución de abandonar esta patria que me dio el ser, antes que sufrir los escarnios, calabozos y suplicios que preparan nuestros enemigos» (116). Poco después era arrestado, encarcelado, procesado y condenado a muerte.

Desde su prisión, a punto de ser ajusticiado, Caldas escribió una triste carta a Pascual Enrile. En ella recurre al aprecio que le consta profesa Enrile por las «ciencias exactas y que conoce su importancia y su mérito» y le pide «arránqueme vuestra Excelencia con su autoridad del seno de esta borrasca formidable» y «socorra a un desgraciado que está penetrado del más vivo arrepentimiento de haber tomado una parte en esta abominable revolución» (117). Hasta aquí los hechos, a partir de aquí, la leyenda negra de Pascual Enrile. Siete años después de la ejecución de Caldas apareció un artículo sobre la toma de Cartagena por el general Morillo, firmado con las siglas G. R., en *La Biblioteca americana, o miscelánea de literatura, artes i ciencias* dirigida por Andrés Bello y publicada en Londres en 1823 donde recogía que «dice la tradición que Pascual Enrile y Luis Villabrille contestaron que España no necesitaba de sabios» (118). Esta «tradición», que por

(115) NIETO OLARTE, Mauricio: «Francisco José de Caldas», «Citas *Biográficas, Hombres Biodiversos en Colombia*», en *Revista de la Universidad Jorge Tadeo Lozano*, núm. 67 (primer semestre 2002) Bogotá, 2002, p. 162.

(116) Carta de Francisco José de Caldas a su mujer, La Mesa de Juan Díaz, 31 de marzo de 1816. Recogida en BATEMAN, Alfredo D.: *Francisco José de Caldas, el hombre y el sabio, su vida-su obra*, Banco Popular, Cali, 1978, p. 395.

(117) Carta de Francisco José de Caldas a Pascual Enrile, La Mesa de Juan Díaz, 22 de octubre de 1816. Recogida en BATEMAN, Alfredo D.: *op. cit.*, pp. 401-404.

(118) G.R.: «Sitio y toma de Cartajena (sic) por el general (sic) Morillo», en BELLO, Andrés, y otros: *La Biblioteca americana, o miscelánea de literatura, artes i ciencias*, t. I, G. Marchant, Londres, 1823, pp. 446-466.

cierto no está recogida en la primera biografía de Caldas publicada en 1896 (119), fue pasando de un autor a otro hasta prender en el imaginario colectivo, donde aparece y reaparece una y otra vez (120). El hecho es que no hay referencia documental alguna que permita sostener que Pascual Enrile pronunciase semejante frase que, además, resulta sospechosamente parecida a la también apócrifa de «la République n'a pas besoin des savants» que tampoco consta que haya pronunciado en 1796 el tribunal revolucionario francés al confirmar la condena a muerte del químico Antoine Laurent Lavoisier (121).

Aunque, como ya se ha dicho, no consta la respuesta de Pascual Enrile a la carta de Caldas, sí es cierto que ordenó que se le tomase «declaración para que explicara o ampliara las informaciones» allí contenidas (122). Las preguntas que se le hicieron revelan muy bien cuáles eran los intereses de Enrile (123). La primera fue sobre qué tipo de trabajos científicos había efectuado y las dos restantes sobre si José Celestino Mutis había dejado terminada alguna obra y si «hubiese habido alguna extracción de los trabajos científicos y de dinero» de la Real Expedición botánica (124).

El Arzobispo-Virrey Caballero y Góngora había elegido

«al presbítero don José Celestino Mutis, sujeto que había recorrido por más de veinte años gran parte del Reino, recogiendo las producciones de la naturaleza y conocido por su correspondencia literaria con los sabios de Europa; y conociendo yo que importaba aprovechar los instantes, le mandé desde luego emprender sus excursiones y trabajo, dando de todo cuenta al Rey, que se dignó a aprobar esta providencia, honrando a Mutis con los títulos de Botánico y Astrónomo de Su Majestad» (125).

(119) POMBO, Lino de: «Memoria histórica sobre la vida, carácter, trabajos científicos y literarios y servicios patrióticos de Francisco José de Caldas», en *Revista de Instrucción Pública de Colombia*, t. VI, La Luz, Bogotá, 1896.

(120) A título de ejemplo, véase: CÓRDOVEZ MOURE, José María: *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, Fundación editorial Epígrafe, Bogotá, 2006 (1.ª ed., 1899), p. 618; SILVA, Renán: *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808: genealogía de una comunidad de interpretación*, Banco de la República, Bogotá, 2002, p. 121.

(121) GRIMAU, Édouard: *Lavoisier (1743-1794), d'après sa correspondance, ses manuscrits, ses papiers de famille...*, F. Alcan, Paris, 1888, p. 376 y ss.

(122) BATEMAN, Alfredo D.: *op. cit.*, p. 409.

(123) APPEL, John Wilton: *Francisco José de Caldas: a scientist at work in Nueva Granada*, The American Philosophical Society, Philadelphia, 1994, p. 121.

(124) Declaración de Francisco José de Caldas, Santa Fe de Bogotá, 28 de octubre de 1816. Recogida en BATEMAN, Alfredo D.: *Francisco José de Caldas, el hombre y el sabio, su vida-su obra*. Banco Popular, Cali, 1978, pp. 409-411.

(125) CABALLERO Y GÓNGORA: Arzobispo-Virrey, *Relación de mando*, Biblioteca de Historia Nacional, v. VIII, Bogotá, 1910. Recogido por HENAO, JESÚS MARÍA y ARRUBLA, Gerardo: *Historia de Colombia*, t. I. Plaza & Janés, Bogotá, 1987, p. 337.

Tras décadas de duro trabajo se había reunido «un verdadero museo de historia natural del país. Cuadrúpedos, aves, reptiles e insectos raros, objetos preciosos del reino mineral, de oro y platino; la macana y la hamaca del último cacique de Bogotá; la riquísima custodia que había regalado la ciudad de Cartagena, la terrible águila viva que habían traído de Popayán como símbolo de la libertad, la cual al ser cogida había devorado a un hombre, y otra infinidad de curiosidades» (126). Mutis llegó a reunir una impresionante colección con «manuscritos de plantas, meteorología y minas, un herbario con 20.000 plantas, miles de láminas, un semillero, colecciones de maderas, conchas, minerales, pieles, animales, etc...» (127). Pero su legado iba mucho más allá. Al amparo del maestro había florecido una generación de intelectuales y científicos de primer orden (Caldas, Zea, Tadeo Lozano, etc...) y en el taller de San Sebastián de Mariquita se formaron dibujantes botánicos de primera fila. En 1806 la Real Expedición Botánica contaba con más de 40 personas entre directores, agregados, oficiales de pluma, pintores, alumnos graduados y alumnos de la escuela gratuita de dibujo (128). A la muerte de Mutis, en 1808, todo quedó en manos de su sobrino Sinforoso Mutis Consuegra que continuó el trabajo pero «sin regularidad y entusiasmo» (129).

Este Mutis «menor» había participado en la insurrección alcanzando el grado de coronel y había conseguido salvar del saqueo los materiales de la expedición. Cuando las tropas realistas entraron en Bogotá, Sinforoso ya estaba preso en el Colegio del Rosario. Inmediatamente la maquinaria de la represión entró en funcionamiento y Sinforoso fue condenado a la pena de destierro, pero, muy probablemente a instancias del propio Pascual Enrile, se suspendió la ejecución de la pena a condición que realizase su inventario completo y preparase el embalaje de todos los materiales para su envío a la metrópoli. Sinforoso trabajó sin descanso «diariamente desde las ocho de la mañana a las cuatro de la tarde» (130) y «en menos de treinta días» (131) todo quedó listo permitiendo que, el 12 de noviembre de 1816, Morillo comunicase, casi de pasada, al ministro de la Guerra que estaba remitiendo al Consejo de Indias «los papeles de la botánica» (132) junto a otros documentos encontrados en los archivos del gobierno revolucionario. Pero si Morillo no

(126) SEVILLA, Rafael: *op. cit.*, pp. 96 y 97.

(127) HENAO, Jesús María y ARRUBLA, Gerardo: *Historia de Colombia*, t. I, Plaza & Janés, Bogotá, 1987 (3.^a ed.), p. 343.

(128) GARCÍA DE LA GUARDIA, Antonio Joseph: *Calendario Manual y guía de forasteros en Santa Fé de Bogotá capital del Nuevo Reyno de Granada para el año 1806 compuesta por orden del superior gobierno*, Bogotá, Imprenta Real, 1808; ed. facsímil, Banco de la República, Bogotá, 1988, p. 80 a 84.

(129) *Ibidem.*, p. 343.

(130) SEVILLA, Rafael: *op. cit.*, p. 97.

(131) *Ibidem.*

(132) Despacho de Morillo al Ministro de la Guerra, fechado en Santa fe el 12 de noviembre de 1816. Real Academia de la Historia. Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, Sig. 9/7656, leg. 13, b), f. 182.

era consciente de la importancia de los trabajos de la Real Expedición Botánica, Pascual Enrile conocía perfectamente su valor. En una carta suya fechada en 1817 exponía,

«Los insurgentes se ocuparon mucho de la geografía del país y después quisieron enterarse de la topografía. Sacaron de los archivos del Virrey, Audiencia, monasterios y cuanto había lo vendieron a los encargados de la Botánica y teniendo a la vista las muchas observaciones de Caldas, las de Humboldt, las de los marinos y el mapa de Talledo (133), emprendieron la grande obra de un mapa del Virreinato» (134)

Por ello, Pascual Enrile ordenó que todos los materiales fuesen embarcados con él en su regreso a la península Ibérica. *La Gaceta de Madrid* del 7 de abril de 1818 anunciaba que,

«llegada a esta Corte tan preciada colección, mandó el Rey que fuese trasladada a su Palacio, donde después de haber examinado por sí mismo y en compañía de la Reina y SS.AA.RR., los 105 cajones en que venía custodiada, mandó (...), dispusiese su colocación en el gabinete de Historia natural los objetos de zoología y mineralogía, y en la biblioteca y herbario del Real Jardín Botánico lo correspondiente a botánica» (135).

Si su participación en la condena y ejecución del sabio Caldas y en el envío a Madrid de los trabajos de la Real Expedición Botánica le han valido gran parte de su pésima reputación en América, el haber estado involucrado, como jefe del estado mayor de Pablo Morillo, en el trabajo de la Junta de Secuestros, no ha hecho sino reforzarla. Esta junta era la encargada de ejecutar la confiscación de los bienes de los condenados por rebelión o traición.

(133) Vicente Talledo y Rivera realizó varios mapas de zonas del virreinato de la Nueva Granada. TALLEDO Y RIVERA, Vicente: *Mapa corográfico de la Provincia de Cartagena de Indias y parte de las de Santa Marta, Jirón, Socorro, Vélez, Antioquia y Chocó del Norte*, 1815. Servicio Geográfico del Ejército, Madrid, en *Cartografía y relaciones históricas de ultramar*, t. V, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1980; TALLEDO Y RIVERA, Vicente: *Mapa corográfico del Nuevo Reino de Granada, que comprende desde los 4° de latitud Norte hasta la costa de la mar del Norte*, 1815, en *Cartografía y relaciones históricas de ultramar*, t. V, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1980. Véase DÍAZ ÁNGEL, Sebastián, MUÑOZ ARBELÁEZ, Santiago y NIETO OLARTE, Mauricio: *Ensamblando la nación, Cartografía y política en la historia de Colombia*, Universidad de los Andes, Bogotá, 2010, pp. 44 y 45.

(134) ENRILE, Pascual: «el general Pascual Enrile, jefe del estado mayor del ejército pacificador, da cuenta al secretario de estado», 1818 en HERNÁNDEZ DE ALBA, Guillermo (ed.): *Historia documental de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada después de la muerte de su director don José Celestino Mutis, 1808-1952*, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá, 1986, p. 353. Recogido en NIETO OLARTE, Mauricio: *Orden natural y orden social, Ciencia y política en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2007, p. 158.

(135) *Gaceta de Madrid*, Martes 7 de abril de 1818, p. 349.

Así, varios autores (136), alguno citando como fuente una «voz común» (137), han acusado a Pascual Enrile de haberse enriquecido durante su gestión. Aunque no se haya encontrado prueba o rastro documental alguno, hay dos casos concretos sobre los que merece la pena detenerse brevemente.

El primero es el de la pepita de platino de una libra, nueve onzas y un adarme de peso (138) que Enrile se habría hecho regalar. Es imposible saber si su propietario la cedió voluntariamente o no pero lo que sí puede saberse es que no quedó en poder de Enrile sino que, de acuerdo a la *Gaceta de Madrid*, fue entregada al Rey quién la remitió al Real gabinete de Historia natural (139), no sin antes, «examinarla por sí, e informarse acerca del mérito y particulares circunstancias de un pedazo tan extraordinario, el más preciso y más grande que se conoce» (140). Tan excepcional era la pieza que, en septiembre de 1818, dos publicaciones periódicas británicas se hacían eco de su exhibición en lo que denominan el Real Museo de Madrid (141). Allí permaneció hasta la noche del 7 al 8 de septiembre de 1845 en que fue robada y nunca más se supo (142).

La segunda acusación es la de José María Caballero quien habla del «gato enmochilado» (143) supuestamente urdido por Pascual Enrile y Pablo Morillo para hacerse con una cubertería de plata (144). En su edición del 15 de agosto de 1816, la *Gazeta de Santafé, Capital del Nuevo Reyno de Granada* publicaba el anuncio de la rifa de una «caxa de camino que fue de D. Pedro Lastra con menaje de servicio todo de plata». Tres meses después, el boleto premiado

(136) CABALLERO, José María: *Diario de la Independencia*, RESTREPO, Gabriel (ed. y pról.), FICA, Bogotá, 2010, p. 271. Entrada correspondiente al 14 de noviembre de 1816; LARRAZÁBAL, Felipe: *Correspondencia general del libertador Simón Bolívar: enriquecida con la inserción de los manifiestos, mensajes (sic), exposiciones, proclamas, &&& publicados por el héroe colombiano desde 1810 hasta 1830 (precede a esta colección interesante la vida de Bolívar)*, Eduardo O. Jenkins, New York, 1866, t. I, p. 451.

(137) RESTREPO, José Manuel: «Historia de la revolución de Colombia», en *Repertorio Americano*, Octubre de 1826, Bossange, Barthés y Lowell, Londres, 1826, pp. 253-273.

(138) Aproximadamente equivalentes a unos 720 gramos. Para la conversión, véase ROMERO GARCÍA, Rafael Eugenio: «Medidas antiguas españolas, Breve compendio de las medidas antiguas utilizadas en las diferentes regiones y provincias españolas», en *Técnica Industrial*, núm. 254 (Septiembre 2004), pp. 64-67

(139) CISCENOS Y LANUZA, Antonio María de: *Lecciones de Mineralogía, redactadas para ayuda de los alumnos que cursan la cátedra de esta asignatura en el Museo de Ciencias Naturales de la Corte*, t. II, Imprenta Nacional, Madrid, 1843, p. 12.

(140) *Gaceta de Madrid*, Sábado 2 de mayo de 1818, pp. 441-442.

(141) HEULAND, Henry: «On a Mass of Platinum at Madrid», en *Annals of Philosophy* (september 1818), p. 200-201; *Blackwood's Edinburgh Magazine*, núm. XVIII, V. III (September 1818), p. 723.

(142) BARREIRO, Agustín Jesús: *El Museo Nacional de Ciencias Naturales*, Instituto de Ciencias Naturales «José de Acosta», Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1944, p. 201.

(143) Expresión colombiana que significa que hay algo raro, equivalente a la usada en España de gato encerrado. Véase MORA MONROY, Siervo: *Lexicón de fraseología del español de Colombia*, Instituto Caro y Cuervo, Santafé de Bogotá, 1996.

(144) CABALLERO, José María: *Diario de la Independencia*, RESTREPO, Gabriel (prol.), FICA, Bogotá, 2010, pp. 187-188.

fue, precisamente, el de Pablo Morillo. Para Alexander Chaparro Silva el «asunto levantaría suspicacias entre la población y sería interpretado como una prueba del turbio manejo de la hacienda pública en el régimen» (145).

Tal es la inquina que Pascual Enrile ha despertado entre algunos historiadores que incluso una labor tan aparentemente beneficiosa para cualquier territorio como la de abrir nuevos caminos y mejorar los ya existentes, ha sido considerada prueba de su crueldad y motivada por su deseo de revancha contra los independentistas (146).

Desde la capital virreinal, Pablo Enrile además de trabajar como segundo al mando de Morillo y jefe de su estado mayor, atendía también su responsabilidad de jefe de la Marina realista. La lejanía entre Santa Fe de Bogotá y Cartagena de Indias y otros puertos como Cumaná, hacía muy difícil, por no decir imposible, que lo hiciese de manera eficaz ya que cuando hasta allí llegaban sus órdenes, muchas veces las circunstancias habían cambiado de manera que o eran irrelevantes o, lo que es aún peor, imposibles de cumplir. Tampoco ayudaba el silencio con el que Madrid respondía a sus urgentes peticiones de fondos para reparar sus barcos. El culpar a la capital o al cuartel general de no entender lo que pasa en primera línea es casi una tradición pero, en este caso concreto, las numerosas contradicciones de Enrile en sus comunicaciones con sus superiores provocaron no poca confusión en el ministerio de Marina. Así, por ejemplo, el 24 de enero de 1816 se quejaba de no disponer de medios suficientes, llegando a advertir que «no salgo responsable si no llegan los refuerzos pedidos» (147), excusa que ningún jefe puede admitir de un mando ya que, por definición, éste siempre es y será responsable del cumplimiento de sus órdenes. No obstante esta advertencia, apenas dos días más tarde escribía a Madrid diciendo que «devastada la escuadrilla de Bolívar (por un temporal) ya no hace falta que permanezcan tantos buques en las costas de Venezuela» (148). Estas contradicciones provocaron desconcierto en el ministerio de Marina lo que no ayudó nada a las armas realistas en su campaña de pacificación de Costa Firme.

(145) CHAPARRO SILVA, Alexander: «Ficha Bibliográfica de la Gazeta de Santafé, Capital del Nuevo Reyno de Granada (1816-1817)», Biblioteca virtual, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/prensa-colombiana-del-siglo-xix/gazeta-de-santafe-1816-1817>.

(146) AROZAMENA, Mariano: «Independencia del istmo de Panamá», en *Revista del Pacífico literaria y científica*, Mercurio, Valparaíso, 1860, t. II, pp. 547-588; RESTREPO, José Manuel: *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América meridional*, t. I, José Jacquin, Besanzon, 1858, pp. 432-433.

(147) Oficio de Pascual Enrile al ministerio de Marina, Cartagena de Indias, 24 de enero de 1816. Museo Naval, Manuscritos, 435. Recogido en PÉREZ TURRADO, Gaspar: *La Marina española en la independencia de Costa Firme*, Editorial Naval, Madrid, 1992, p. 90.

(148) Oficio de Pascual Enrile al ministerio de Marina, Cartagena de Indias, 26 de enero de 1816. Correspondencia de don Pascual Enrile con el ministerio de Marina durante 1816. Archivo Bazán, Expediciones a Indias, 1816, I, Partes Comandantes. Recogido en PÉREZ TURRADO, Gaspar: *La Marina española en la independencia de Costa Firme*, Editorial Naval, Madrid, 1992, p. 90.

Regreso a la Península Ibérica

Con la toma de Cartagena de Indias y la consolidación de Santa Fe de Bogotá, Pascual Enrile debió considerar que su trabajo estaba ya poco menos que concluido por lo que no sorprende que, a finales de este año de 1816, recibiese órdenes de regresar a la Península Ibérica. Morillo estaba muy satisfecho del papel desempeñado por la Armada en la campaña de pacificación de Costa Firme y así se lo hizo saber, entre otros al infante don Antonio, donde mencionaba el destacado papel de Pascual Enrile (149).

El 16 de diciembre, Morillo comunicaba al virrey el nombramiento del coronel Francisco Warleta como jefe de su estado mayor en sustitución de Enrile (150). Pablo Morillo sintió mucho tener que despedirse de su fiel segundo con quien había trabado una profunda amistad. En una carta dirigida al ministro de la Guerra, escrita el 18 de noviembre, expresaba su afecto y profunda admiración por sus «talentos y conocimientos vastos y una actividad sin límite» y acababa tomándose «la libertad para proponerlo al Soberano para su inmediato ascenso» (151). Antes de despedirse decidieron hacer una excursión al salto del Tequendama, cascada a unos 30 kilómetros de la capital que aún hoy es una de las principales atracciones turísticas de la zona y que algunos años antes había merecido la atención del propio Humboldt (152). En ella reinó una evidente camaradería, tal y como cuenta en sus *Memorias* el capitán Rafael Sevilla, sobrino de Enrile:

«cuando el sol radiante se ostentaba en mitad de su carrera, los criados sacaron de las alforjas los comestibles que traíamos para el almuerzo. Debajo de unos pinos que brindaban grata sombra, un poco más atrás del balcón, siempre a la vista de la catarata, sobre un tupido césped verde como la esmeralda y fino como la seda, los generales Morillo y Enrile, no sólo se sentaron, sino que se acostaron, imitándolos nosotros, y con voraz apetito comimos los suculentos fiambres, que de antemano se habían preparado en Santa Fe. Desde allí, entre los árboles de la Zona Templada, veíamos en el profundo valle que se extendía abajo, las palmeras y demás árboles de la Zona Tórrida. Hasta que el sol iba tocando a su ocaso no

(149) Carta de Pablo Morillo al infante D. Antonio agradeciéndole la colaboración prestada por la Armada, y nombrando especialmente al general Enrile, Santa Fe de Bogotá, 12 de noviembre de 1816. Real Academia de la Historia, Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, sign. 9/7668, leg. 25, g, ff. 222-223.

(150) Carta de Pablo Morillo a Sámano, Sogamoso, 16 de diciembre de 1816. Real Academia de la Historia, Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, sig. 9/7665, leg. 22, a), ff. 119-132; Carta de Sámano a Pablo Morillo, Santa Fe de Bogotá, 21 de diciembre de 1816. Real Academia de la Historia, Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, sig. 9/7665, leg. 22, a), f. 144.

(151) Carta de Pablo Morillo al Ministro de la Guerra realzando los méritos del general Enrile y proponiéndole para el ascenso a teniente general, fechada en Santa Fe el 18 de noviembre de 1816. Real Academia de la Historia, Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, sig. 9/7656, leg. 13, b), ff. 177-180.

(152) Academia colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, *Alexander Von Humboldt en Colombia, extractos de sus diarios*, Biblioteca Digital Andina, Bogotá, s.f., pp. 83 y ss.

nos separamos de aquellos contornos, en que parece oírse la voz imponente de Dios. Durante aquellas horas deliciosas permanecemos mudos, bien que es verdad que impone tanto el ruido del torrente, que nadie experimenta deseos de hablar; la vista y el oído absorben las funciones de los demás sentidos»(153).

Todo parecía perfecto. Cartagena de Indias podía volver a ser la llave de las Indias españolas, en su camino hacia el interior del virreinato las tropas realistas habían obtenido victoria tras victoria y Santa Fe de Bogotá vivía en paz, aunque tal vez fuese la de los cementerios. No obstante, bajo esta apariencia de tranquilidad, había ya indicios de futuros problemas. Es cierto que mientras Pascual Enrile estuvo al frente de la marina realista las relaciones de ésta con el ejército fueron inmejorables, pero al tener que compatibilizar su mando con las tareas de jefe del estado mayor hizo que no pudiese dedicarle toda su atención y, lo que es más grave, al tener que acompañar a Pablo Morillo en sus campañas hacia el interior del virreinato, empezó a impartir órdenes sin un conocimiento exacto sobre la situación real de barcos y tripulaciones. Por ello, es por lo que Gaspar Pérez Turrado sostiene que «a partir de septiembre de 1816, comenzó el verdadero calvario para la escuadrilla de Costafirme» (154). Además, tampoco hay que olvidar que la actuación de la marina durante el bloqueo y sitio de Cartagena de Indias no había sido todo lo buena que tanto Enrile como Morillo habían reflejado en sus comunicaciones a Madrid. Como ha sucedido tantas veces a lo largo de la historia, nada se aprendió de la victoria. Como dijo Alfred Thayer Mahan, «la derrota grita por una explicación mientras que el éxito, como la caridad, sólo sirve para cubrir multitud de pecados» (155).

Tras despedirse de Morillo, Pascual Enrile partió hacia Santa Marta donde, el 4 de enero de 1817, embarcaba en la fragata Diana rumbo a la península Ibérica. En su viaje de regreso le acompañarían también la fragata *Ifigenia*, el bergantín *Churruca* y cuatro goletas, con lo que quedaron muy mermados los efectivos de la escuadra realista. En sustitución de Enrile, Morillo nombró a José María Chacón como jefe de la Marina pero, de hecho, fue él mismo quién quedó al mando, lo que sería fuente, no sólo de problemas, sino de un pésimo uso de la fuerza naval. Por mucho que la carrera de Morillo se hubiera iniciado en la mar, su experiencia naval se reducía a haber sido tropa de infantería de marina embarcada y carecía de los conocimientos necesarios para tener en cuenta todos los complejos aspectos relacionados con la marina de guerra a vela. En julio de 1818, él mismo admitiría que «no soy marino, ni entiendo una palabra de esta profesión» (156) para continuar quejándose de los pobres resultados obtenidos por la Marina:

(153) SEVILLA, Rafael: *op. cit.*, p. 122.

(154) PÉREZ TURRADO, Gaspar: *op. cit.*, p. 91.

(155) WESCOTT, Allan (ed.), *Mahan on Naval Warfare: Selections from the Writings of Rear Admiral Alfred Thayer Mahan*, Little, Brown & Co., Boston, 1941, p. 257.

(156) Carta de Morillo al Ministro de la Guerra, fechada en Barquisimeto el 22 de julio de 1818. Real Academia de la Historia. Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, Sig. 9/7656, leg. 13, e), ff. 629-636v.

«Los piratas, con peores buques y con menos recursos que los nuestros nos han hecho una guerra cruel, o por mejor decir, son los únicos enemigos que hemos tenido; porque destruidos los corsarios, jamás se hubieran verificado los desembarcos de Bolívar, la ocupación de Guayana, ni la multitud de sucesos desgraciados de que V. E. está instruido. Nuestros buques de guerra no han batido jamás a ningún corsario insurgente, ni han impedido la menor de sus tentativas ni empresas, para lo que dan nuestros comandantes de Marina muchas y muy poderosas razones, que, como digo, no está en mi alcance graduar ni menos conocer su importancia» (157).

No se entienden muy bien cuáles pudieron ser las razones para debilitar las fuerzas navales realistas. Aunque en el Estado General de la Real Armada de 1816 se recogía que éstas estaban compuestas por un total de 25 buques mayores, 19 en Cartagena de Indias y otros 6 en Cumaná, la realidad es que, según el estado de fuerza remitido por Pascual Enrile en septiembre de 1816 (158), la mitad de los buques necesitaban reparaciones de envergadura, para las que nunca se recibiría dinero alguno, y el resto eran mercantes armados de limitadas cualidades marineras (159). Tras la salida de los barcos que acompañaron a Enrile, Cartagena de Indias quedó apenas con un bergantín, 2 goletas, 3 lanchas y 12 barcas, todos varados necesitados de reparaciones. En Madrid tampoco se comprendió su comportamiento por lo que se ordenó la apertura de un expediente que aunque al final, quedó en poco menos que nada (160), sí provocó que durante unos años fuese destinado al estado mayor de la Marina sin que se le asignasen tareas de especial responsabilidad. Así, por ejemplo, en 1823 apareció un anuncio en la *Gaceta de Madrid* en la que se rectificaba una información anterior por la que Pascual Enrile habría sido nombrado inspector de infantería (161). En otras palabras, en aquella fecha, en más puro estilo galdosiano de *Miau* (162), seguía «haciendo pasillo», desconocemos si por razones políticas o meramente profesionales.

No obstante, Pascual Enrile, sí tuvo una importante misión al regresar a la

(157) Carta de Morillo al Ministro de la Guerra, fechada en Barquisimeto el 22 de julio de 1818. Real Academia de la Historia. Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, Sig. 9/7656, leg. 13, e, ff. 629-636v.

(158) Estado de fuerza remitido por Pascual Enrile al ministro de Marina, Cartagena de Indias, 5 de septiembre de 1816. Archivo Bazán, Expediciones a Indias, 1817, Estado Buques.

(159) PÉREZ TURRADO, Gaspar: *La Marina española en la independencia de Costa Firme*, Editorial Naval, Madrid, 1992, p. 89.

(160) Expediente con motivo de haber retirado de Cartagena de Indias, D. Pascual Enrile, la mayor parte de los buques que estaban allí cuando salió para la Habana para volver a España. Archivo Bazán, Expediciones a Indias, 1817, III, Comandantes de Escuadra.

(161) «Habiéndose anunciado en la gaceta del 31 del mes anterior que S.A.S. la Regencia del Reino había elegido para inspector de infantería al mariscal de campo D. Pascual Enrile, se advierte al público que fue una equivocación naciente de la premura de tiempo, y que el verdadero nombrado para el referido destino lo ha sido el brigadier de los Reales ejércitos D. Wenceslao Prieto». *Gaceta de Madrid*, 3 de junio de 1823.

(162) PÉREZ GALDÓS, Benito: *Miau*, La Guirnalda, Madrid, 1888.

corte: exponer la situación real de la expedición de pacificación a Costa Firme y solicitar la adopción urgente de toda una batería de medidas para que pueda tener éxito. El 19 de junio de 1817, presentó al ministro de Marina un extenso informe (163), redactado entre Morillo y él, donde ya desde el principio deja claro que «en dos y medio años no recibió reemplazos, socorros, pertrechos navales». Sobre el estado de la Marina realista expone que «nada naval hay allí, se promete y no llega, y en aquel clima destructor todo se deteriora al momento». Entre las muchas medidas que proponía, probablemente la más importante era la imperiosa necesidad de contar con unidad de mando, tanto sobre el terreno como en la propia metrópoli. De la confusión y el desconocimiento que reinaban en Madrid da buena prueba lo que escribía Enrile a Morillo en carta reservada y cifrada, fechada unos días más tarde, donde le aconsejaba que «escriba usted a todos los ministerios para que todos se enteren, pues como no hay un solo ministro como antes, nadie sabe nada» (164). Enrile presentó personalmente su informe el 25 de junio. En una carta a Morillo escrita al día siguiente le confesaba que una vez hecho le despacharon sin más, en palabras del propio Enrile: «me han advertido que mi encargo está concluido y que enterarán a S. M. de lo que resulte» (165).

No obstante, Pascual Enrile sabía muy bien que, por muchos medios que se consagrasen a la pacificación, la causa realista en América estaba perdida. Así, concluía su informe al ministro de Marina:

«que después de hecho todo esto, se esté en que jamás se someterá la América como antes, sino que estará sujeta a la fuerza; (...) teniendo siempre a la vista que el corazón de aquellos habitantes es por la independencia» (166).

(163) Informe de Pascual Enrile al ministro de la Guerra sobre el curso de las operaciones del Ejército Expedicionario y medidas que deben adoptarse, según Morillo, para obtener el resultado que el Gobierno se propuso con su envío a América, fechado en Madrid el 19 de junio de 1817. Real Academia de la Historia, Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, sig. 9/7658, leg. 15, b), ff. 10-31v.

(164) Carta reservada y cifrada de Pascual Enrile a Pablo Morillo, Madrid, 15 de julio de 1817. Real Academia de la Historia, Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, sig. 9/7658, leg. 15, b), ff. 32-34.

(165) Carta de Pascual Enrile a Pablo Morillo, Madrid, 26 de junio de 1817. Real Academia de la Historia, Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, sig. 9/7658, leg. 15, b), ff. 9.

(166) Informe de Pascual Enrile al ministro de la Guerra sobre el curso de las operaciones del Ejército Expedicionario y medidas que deben adoptarse, según Morillo, para obtener el resultado que el Gobierno se propuso con su envío a América, fechado en Madrid el 19 de junio de 1817. Real Academia de la Historia, Colección Pablo Morillo, conde de Cartagena, sig. 9/7658, leg. 15, b), ff. 10-31v.